

ALTHAUS, CLEMENTE (1835 – 1881)

A DIOS

I

Despierta, y apercibe  
la llama toda que en tu pecho vive;  
tu esfuerzo dobla y tu valor, oh Musa,  
por que con canto más sublime y grave  
Hoy a cantar a tu Señor te atrevas:  
¡Quién a mi labio enseña voces nuevas  
dignas de su poder, con que le alabe,  
y cantos no escuchados todavía!  
¡Quién en su vuelo audaz venciendo al ave  
que mas lejos se encumbra  
del cielo azul por la infinita vía,  
y, atrás dejando la inflamada esfera  
del alto luminar que nos alumbra,  
en Sión parara la veloz carrera,  
y, oyendo allí a los célicos cantores,  
del Eterno aprendiera los loores!

O ¡quién hay que la cítara me preste  
con que el real profeta  
las obras del Señor magnificaba  
en número celeste,  
que de igualar soberbio no se alaba  
osado acento de mortal poeta,  
por que también mi verso  
magnificar pudiera tu universo!

Pero ¿cuál, entre tantas que mis ojos  
miran, competidoras maravillas,  
hijas, Señor, de tu creadora mano,  
celebrará mi labio la primera?  
¿Retrataré el vastísimo Océano,  
que ya lame tranquilo sus orillas,  
ya se hincha y se revuelve y ruge insano,  
amagando cubrir la tierra entera?  
¡Inútil amenaza! ¡vano miedo!  
que, como de diamante alta barrera,  
bien le aprisiona la invencible raya  
que tu potente dedo  
a sus furores señaló en la playa.

Y ¿qué inmenso guarismo  
abarcó jamás pudo  
el escamoso mudo  
vulgo que habita su insondable abismo?  
desde el pintado pececillo leve  
hasta el tremendo Leviatán gigante,  
a viviente navío semejante  
o a isla que se mueve:  
arde, a su paso, el piélago, y se altera  
como hirviente caldera,  
y en riza espuma se dilata cano  
como la cabellera de un anciano.

¡Cuán sublime la mar! ¡Cuál, a su abierta  
ancha llanura, en términos incierta,  
de tu inefable inmensidad, Dios mío  
el sin igual concepto se despierta!  
Y siempre que del puerto me arrebató  
el vuelo del alígero navío,  
cuando derrama su creciente velo  
la vasta lejanía, y por doquiera  
me circunda la doble  
azul inmensidad de mar y cielo;  
el interior reposo  
¿Quién describir pudiera  
y el hondo sentimiento misterioso  
de que me siento todo poseído?  
Pues entonces, Señor, en tu recuerdo  
cual pez en ancho piélago, me pierdo,  
y del mundo y de mí me ocupa olvido.

¡Quién como tú, Señor! pues, aunque sea  
grande y ancha la mar a maravilla,  
entre sus playas cabe;  
y toda entorno mídela y pasea  
el hombre osado con la aguda quilla  
de leve frágil nave,  
que a su ribera aborda más remota;  
mas en tu inmensa idea,  
Océano sin fondo y sin orilla,  
con quien es breve gota  
el anchuroso reino de Neptuno,  
naufraga del pensar la navecilla.

Mas ¿de qué material tu mano labra,

Señor, tales portentos? De ninguno  
has menester: fecunda tu palabra  
el seno oscuro de la Nada inerte,  
que de su seno vierte  
mundos tras mundos, hasta  
que sonar oiga tu imperioso basta.  
Como, al soplo del viento,  
saltan sin cuento mínimas centellas  
de las ardientes brasas,  
así a tu soplo el vasto firmamento  
se tachonó de estrellas  
y fulgentes luceros que no tasas.

Con ellos en el sol creó tu diestra  
tu más sublime espléndido traslado,  
que a nuestros ojos hechizados muestra  
de tus divinas obras la armonía;  
alma, vida, placer de lo criado.  
Y la luna creó, del sol hermana,  
quieta callada lámpara nocturna,  
que en alumbrar la humana  
mansión terrena con su hermano turna:  
al caminante grata  
y a triste solitario peregrino,  
que, en nocturno camino,  
su hermosa faz de plata  
sin cesar considera,  
y la juzga celeste compañera.  
¡De arrobo cuántas horas y consuelo  
mi corazón la debe!  
¡Cuánto mirarla pláceme sin velo,  
de la mitad del cielo enseñoreada,  
vistiendo el llano con su luz de nieve,  
y derramando luminoso hielo  
que penetra hasta lo íntimo del alma  
y del día el ardor serena y calma!

## II

Y así como crear no fue tarea  
para tu omnipotencia descansada  
y bastar pudo de tu labio un sea  
para que el mundo fuese,  
así fuerza será que de la nada  
al hondo seno maternal regrese,

cuando falte decir fuere tu agrado;  
pues sólo tu querer omnipotente  
lo creado sustenta eternamente,  
y dél el universo esta colgado.

Como mirar entretenido suelo  
vano aéreo palacio  
que tal vez el acaso caprichoso  
edifica de nubes en el cielo,  
y repentino viento en breve espacio  
lo deshace veloz y desordena;  
o cual frágil arena  
con que levanta torres un infante  
que derriba su mano en el instante,  
así tú el día del final juicio  
del orbe destruirás el edificio.

Pestes y hambres serán, y universales  
asoladoras guerras,  
de tan tremendo día las señales;  
y, cubriéndose sol y estrellas puras,  
se quedará la Creación a oscuras;  
sus olas empinando como sierras,  
tan horribles bramidos  
levantará la mar embravecida,  
que de pueblos distantes  
con espanto mortal serán oídos,  
y al fin los lindes le darán salida  
que no salvaron sus furores antes;  
y, en continuo vaivén, de polo a polo  
el globo temblará como un navío  
en mar airada que alborota Eolo;  
y todo habrá de ser horror y asombros,  
hasta que aquel que aquí profetizó  
baje en toda su gloria y poderío  
del incendiado mundo a los escombros,  
a juzgar a los vivos y a los muertos,  
con la trompeta del querub despiertos.  
¿Quién entonces podrá del juez augusto  
sin mortales desmayos  
el rostro contemplar? de sus giradas  
iracundas miradas  
¿Quién resistir los deslumbrantes rayos?  
A su presencia temblara hasta el justo  
cuya vida jamás manchó pecado,  
y el mártir temblará, de espanto lleno;

y, si aun él temblará, ¿cuál del malvado  
habrá de ser la confusión y susto,  
cuando a é se vuelva tu furor y le hable  
de aquella voz el espantoso trueno,  
y le lance tu fallo inapelable  
al vengador abismo, cuyas puertas  
jamás serán por tu perdón abiertas?

Mas, mientras llega el postrimero día,  
de tus justicias el rigor tremendo  
tal vez recuerdos suyos nos envía:  
como cuando al ruinoso terremoto  
mandas, que desalado de repente  
llega con sordo subterráneo estruendo,  
cubriendo el alma de pavor ignoto:  
el suelo como el mar se hunde y levanta;  
el polvo entenebrece el aire todo;  
de la cima a la planta,  
cual gigante beodo,  
tiembla y vacila la encumbrada torre;  
huye del muro y suspendido techo  
y a las plazas y campos rauda corre,  
en confuso tropel, la triste gente,  
que, de espanto amarilla,  
y con rápida mano hiriendo el pecho,  
dobla en tierra la trémula rodilla:

O como cuando sueles  
recorrer los espacios celestiales  
en tu ligero reluciente coche  
que arrebatan sonantes vendavales,  
tus alados prestísimos corceles.  
En repentina noche  
cambiar se mira el refulgente día;  
sordo retumba cual cañón el trueno,  
los relámpagos brillan cual espadas;  
rasga el cielo y vacía  
sus hondas cataratas; guarda el seno  
de la tierra a las fieras espantadas;  
mira el villano, de defensa ajeno,  
anegadas, deshechas  
las futuras cosechas,  
que cual presentes la esperanza goza,  
mientras el techo frágil y pajizo  
de su desnuda choza  
apedrean las nubes con granizo.

Mas, deponiendo tu irritado ceño,  
con la luz nos devuelves la esperanza,  
y en los aires descoges el risueño  
arco listado de colores siete,  
que, recordando la feliz alianza  
que con Noé ya hiciste, nos promete  
que nunca otro segundo  
diluvio de agua ha de inundar el mundo.

### III

Tuya es, Señor, la tarde,  
cuando, al tocar la cotidiana meta,  
entre las olas arde  
el rojo disco del mayor planeta:  
entonces de la sacra Ave María  
la lenta melancólica campana  
llorar parece el moribundo día;  
cesa el duro trabajo, y al reposo  
se da y al suello la familia humana,  
y queda el orbe oscuro y silencioso:  
tuya es también la aurora,  
cuando del sueño el mundo resucita  
y el santo bronce con su voz sonora  
el hombre llama a tu mansión bendita,  
a darte humildes gracias en tal hora,  
pues en la dulce vida  
aún conservarnos bondadoso quieres.  
y con nuevo vigor a la faena,  
por la pasada noche interrumpida,  
ya torna cada cual; y do quier suena  
el rumor de oficinas y talleres.

Tú en altos montes nuestro globo elevas,  
cual gigante sostén del firmamento,  
y ya en valles le bajas y quebradas,  
por que así con escenas siempre nuevas  
y bellezas sin cuento  
se deleiten del hombre las miradas;  
tú, en las alpestres rocas,  
capaces grutas y profundas cuevas  
abres, cual negras bostezantes bocas:  
tú con puro inexhausto licor frío  
las hondas fuentes cebas;  
por ti nunca de andar se cansa el río

que viaja sin cesar al océano,  
y nuestra vida rápida retrata;  
por ti, cual sierpe de brillante plata,  
por el herboso suelo  
va jugueteando músico arroyuelo:  
Tú das a las montañas  
marmóreas y metálicas entrañas,  
y alta cimera de perenne hielo:  
tú cubres de la tierra la ancha espalda  
con rico manto de verdor y flores;  
tú el rubí leonado y la esmeralda  
escondes en su seno, y el diamante  
que al sol hurta sus claros resplandores,  
rey de las otras piedras arrogante;  
y cuantas piedras bellas,  
uniendo el resplandor a los colores,  
son rivales en luz de las estrellas  
y en los ricos matices de las flores.

¿A quién, Señor, sino a tu diestra sola  
debe el ave la armónica garganta,  
con que hinche de dulzura la arboleda,  
cuando el alba los cielos arrebola?  
Mas al bello pavón, porque no canta,  
vistes con fina matizada seda,  
y pintas de su cola,  
sembrada de ojos mil, la vasta rueda,  
que se abre cual magnífico abanico  
de pedrería salpicado y rico.  
Mas, aunque tan hermoso, no presuma  
la palma merecer de beldad suma:  
al picaflor la ceda,  
al picaflor que abeja o mariposa  
imita por lo breve y, al par de ellas  
del néctar se sustenta de las flores,  
y en esmaltada pluma  
es, como la menor, la más hermosa  
entre las aves de la tierra bellas.

Por ti, Señor los euros voladores  
el águila soberbia desafía,  
que tan veloz hasta los cielos sube,  
cual baja el rayo de la negra nube;  
y a sus felices ojos solamente  
su faz deslumbradora  
el sol radioso contemplar consiente:

mas ya cedió el imperio de los vientos  
al cóndor peruviano;  
que a la misma región donde tu mano  
la menor ave cría,  
dar así también sabes  
el gigante monarca de las aves.

Tú armas de agudas astas  
la frente dura del valiente toro,  
a quien provoca el hombre y amenaza  
y vence y mata, de la llena plaza  
entre el tumulto y aplaudir sonoro;  
y entre torcidos cándidos colmillos  
dobla por ti su dilatada trompa  
el enorme elefante,  
que, sustentando torres y castillos,  
de las bélicas marchas en la pompa,  
semeja viva fábrica ambulante.

Das a la hiena temerosos ojos,  
en viva sangre rojos;  
al viajero camello,  
nave de los desiertos, largo cuello,  
y breve monte en prominente giba;  
del tigre y la pantera tus pinceles  
pintan a manchas las hermosas pieles;  
y a ti debe el león su frente altiva,  
y su roja melena,  
de su cabeza natural corona  
que por rey de las fieras le pregona,  
y que, airado, sacude y desordena;  
y a los roncros rugidos  
con que la selva atruena  
tiemblan los animales pavoridos.  
Ligera diste voladora planta  
y de ramosa cornamenta el alto  
adorno al vividor medroso ciervo,  
que de su propia sombra huye y se espanta;  
paciencia de que nunca se vio falto  
en su eterna tarea,  
al torpe asno, del hombre humilde siervo,  
y valor al caballo y hermosura,  
en cuya espalda aquél viaja y pasea,  
y le acompaña en la marcial pelea,  
al freno dócil y a la espuela dura.  
¿Mas qué diré del can, entre animales,



de tu bondad clarísimo testigo,  
espejo de leales,  
del hombre fiel inseparable amigo,  
y valiente guardián de sus umbrales;  
última compañía  
del solitario mísero mendigo  
y de la noche de sus ojos guía?

Tu poder y sin par sabiduría  
resplandecen do quiera; y a porfía,  
desde el humilde lirio  
que en el valle se oculta hasta el fulgente  
astro remoto, y desde el vil insecto  
al alado cantor del cielo empíreo,  
narrándolas están en elocuente  
sempiterno pregón todos los seres,  
contentos igualmente de tus dones:  
mas tales perfecciones  
la demás perfecciones de que lleno  
estás no eclipsa; y, pues no menos eres  
que poderoso y sabio, dulce y bueno,  
débate mi dolor que escuches pío  
la ferviente oración del labio mío.

#### IV

Los ojos vuelve a mi adorada tierra,  
mansión antigua de fraterna guerra:  
desventurada madre cuyo seno,  
como de sierva ruin, hiere y maltrata  
la torpe mano de su prole ingrata:  
de la Discordia insana pronto freno  
pon a las iras; el Orgullo loco  
e hidrópica Ambición nunca contenta,  
a quien la sed el refrigerio aumenta,  
en este suelo humilla,  
donde la igual República igualmente  
a todos todo ambicionar consiente;  
tu diestra ensalce a la suprema silla  
modesto ciudadano  
que ame la patria con amor romano.  
Con tu ciencia y doctrina  
nuestros legisladores ilumina,  
y santifica con vigor su pecho,  
por que del mando injusto

al despótico gusto  
no los rinda temor o vil provecho;  
de parecer se afrente compra y venta  
la Justicia avarienta;  
no de las mismas manos desleales  
en que es mengua mayor tanto delito,  
con descaró inaudito  
presa sean los públicos caudales;  
no, como en pueril juego,  
cambie de enseña y parte  
una vez y otra el seguidor de Marte;  
ni, de tu, santa Religión en mengua,  
destruya tu ministro con su ejemplo  
cuanto en el sacro templo  
al pueblo predicó su indigna lengua.

Y, pues fue la familia  
el fundamento siempre del Estado,  
de las mujeres la flaqueza auxilia,  
en que de aquélla el peso esta fundado:  
no, el lecho conyugal amancillando,  
incierto el adulterio haga la prole;  
de la virgen sencilla  
el pudor arrebale  
la modesta mejilla  
a una sola mirada menos casta;  
huya del peligroso galanteo  
y vano juego de vulgar Cupido,  
que la virginidad, del alma gasta  
que celoso reclama el Himeneo;  
y pueda, esposa, recordar un día  
que a un acento amoroso  
jamás abrió el oído  
sino del labio de su dulce esposo.

No al hijo la materna idolatría  
con el regalo engría  
que postra el cuerpo y afemina el alma,  
ni el exceso enemigo  
de su ternura impune deje ahora  
la falta, de otras mil engendradora  
sin el justo benéfico castigo.  
Y, si en el labio maternal aduna  
la dulce persuasión todo su encanto,  
inspírele con él desde la cuna  
el amor de la patria sacrosanto;

y con las madres de la antigua Esparta  
la alabanza comparta,  
y aun les gane de fuertes la corona,  
cada peruana varonil matrona.

Tú quisiste que grande entre Naciones  
la hermosa tierra de los Incas fuera:  
¿Mas, di, no la colmaste de tus dones  
que otra cualquier región del Nuevo Mundo,  
y aún de la tierra entera?  
¿Claro ingenio no diste a sus varones?  
¿El suelo no blasona más fecundo  
que el sol en ambos mundos considera?  
¿do quier antigua fama no relata  
que inundó su opulencia el universo  
con ríos de oro y piélagos de plata?  
¿No la privilegiaste con tesoro  
que le tributan de la mar las aves  
y cuyo humilde nombre al grave verso  
veda decir poético decoro?  
Mas de tales presentes  
y otros mil, A que el labio viene escaso  
que contarlos procura, ¿te arrepientes?  
¿Cambiar se pudo tu designio acaso?  
De nuestro llanto y aflicción te apiada,  
y compasivo mira  
cuán larga edad el peso de tu ira  
la dejara a sí sola abandonada:  
alárgale, Señor, la diestra fuerte,  
y del profundo abismo  
do la infeliz perece, la levanta;  
deja que cumpla la gloriosa suerte,  
que le quisiste señalar tú mismo,  
al darla dones con largueza tanta.

V

Y, si después de haber alzado el ruego  
por la patria infeliz, sin desacato  
me es dado por mí propio alzarlo luego,  
de la muerte, Señor, vivo retrato  
mírame, cuando apenas  
de la mitad primera me despido  
del lustro quinto de mi vida; grato  
tiempo para otros, al amor debido,

mas, como la vejez, lleno de penas  
para el que lento mal mina y devora:  
de Hipócrates al arte  
demandé en vano mi remedio; en vano  
Lisonjera esperanza engañadora  
me hizo surcar el húmedo océano;  
ni así consigo que de mí se aparte  
mi extraño mal; para tornarme sano,  
dame tu voluntad, sola bebida  
que me pudiera devolver la vida.

Baje a mis preces tu piedad su oído,  
y la salud infúndame tu aliento;  
mas que para mí propio y mi contento,  
para mi cara patria te la pido.  
No me dejes morir tierno mancebo  
que nada hacer en su provecho pudo,  
y en mí, robusto pon un hombre nuevo,  
que en juventud activa  
para el servicio de la patria viva.

Bien sé que estás, Señor, de mí ofendido,  
y son tan numerosos mis pecados,  
vuelta en naturaleza la costumbre,  
que es fuerza que en el seno del olvido  
los sepulte su misma muchedumbre;  
mas ¿qué gran pecador que, arrepentido,  
a ti volviera, halló jamás cerrados  
los brazos que en el áspero madero  
abriste a recibir al mundo entero?

.